

TXOPO

Edad: 31 años (en 2048)

Origen: Bilbao

Me llamo **Txopo**, nací en Bilbao, y si algo tengo claro en la vida es que llegué al deporte por cabezón... no por talento. De pequeño amaba el fútbol con la misma devoción con la que mi aita veía al Athletic. Yo soñaba con saltar a San Mamés como cualquiera de mi edad, pero había un problema: **era un desastre absoluto con las piernas**. Un tronco. Un poste con botas. Metía más balones en patios, alcantarillas y coches aparcas que en la portería. Mis amigos me decían que era "anticristo futbolístico". Y tenían razón.

Pero **con las manos**, amigo... ahí sí brillaba.

La pelota a mano se me daba de lujo. Tenía reflejos, instinto, muñeca. Era eso de sentir el golpe limpio, seco, directo. Me di cuenta muy pronto de que mi cuerpo estaba hecho para otra cosa, para otro tipo de juego.

Para la fuerza.

Para el contacto.

Para la mala leche bien dirigida.

Forjado por los entrenadores duros

Mientras otros críos admiraban goles y bicicletas, yo me quedaba mirando **ruedas de prensa**, broncas en vestuarios, declaraciones polémicas.

Mi educación sentimental fue ver a **Clemente** entrar en las salas como si fueran trincheras.

Esa manera de hablar sin filtro, esa seguridad en cada palabra, esa forma de defender a los suyos y mandar al carajo a cualquiera... eso me marcó más que cualquier estrella del balón.

Y luego descubrí a **Carlos Bilardo**.

La mezcla perfecta entre genio táctico y loco obsesivo.

Lo veía hablar del fútbol como si fuese un campo de batalla:

romper ritmos, engañar al rival, manipular la moral del contrario, usar cualquier detalle como arma.

Una *guerra mental*.

Pero también crecí entre **campos de barrio**, con entrenadores veteranos, broncos, cascados por la vida. Allí escuchabas de todo: gritos, broncas, insultos, frases duras... y sí, también racismo y mierda social que estaba por todas partes. Yo era un chaval y absorbía aquello como si la realidad viniera sin filtros, acompañada de olor a linimento y césped mojado.

Ese ambiente **te curtía**.

Te hacía duro.

Te hacía desconfiado.

Te enseñaba que, si querías hacerte respetar, más vale que tu voz no temblara jamás.

Yo no adopté las barbaridades ni los prejuicios, pero sí heredé la **intensidad**, la garra, la forma de mandar con firmeza.

Aprendí que en un equipo, da igual de dónde venga cada uno: si entra al campo, entra como hermano. Y si falla, se le aprieta. Y si se rinde, se le revienta en motivación.

Ese ambiente me hizo lo que soy.

Licencia de entrenador y primera vida deportiva

Como jugador era del montón tirando a malo, así que tomé la decisión más lógica:

convertirme en entrenador.

Saqué la licencia siendo joven.

Mientras mis compañeros querían meter goles, yo quería desentrañar partidos, entender ritmos, diseñar estrategias, leer la mente del rival.

Era feliz con una pizarra, unas flechas, un grito bien dado y un vestuario denso envuelto en calor humano y mala leche.

Pero seguía faltando algo.

Una chispa.

Un deporte que encajara con mi alma, hecha de contacto, manos rápidas y cerebro marrullero.

El día que descubrí el Crujeball (24 años)

Tenía veinticuatro años cuando vi por primera vez un partido de **Crujeball**.

Y ahí... ahí fue como una revelación religiosa.
Un juego brutal.
Metal.
Choques.
Implantes.
Estrategia extrema.
Una pelota de tungsteno que podías usar para anotar o para reventar una clavícula.
Paredes metálicas, drones, contacto libre.
Era el deporte perfecto para alguien como yo:
demasiado bruto para el fútbol, demasiado táctico para un deporte de solo músculo.
Me apunté a una academia local.
Tarde para empezar, pero no para mi cabezonería.
Y claro, mi físico era lo que era:
normalito.
Sin explosividad.
Sin potencia de animal.
Pero tenía lo más importante:
reflejos y cerebro.
Me especialicé en **esquivar**.
No era rápido... pero sí instintivo.
Veía venir la hostia antes de que llegara.
Mientras los demás se estampaban contra muros y se reventaban entre ellos, yo hacía mi pequeño giro lateral, ese “esquive Txopo” que desesperaba a todos.
No anotaba casi nunca.
Pero **no me cazaban**.
Y desde dentro del campo, veía las jugadas como un entrenador infiltrado.

Entrenador de barrio en Crujeball

Nunca entrené equipos profesionales.
Ni uno.
Lo mío siempre fueron **equipos de barrio**, mezcla de culturas, chavales con pasados jodidos, gente con broncas acumuladas.
Los vestuarios eran volcanes.
Y mi papel era encauzar ese fuego.
No había discursos motivacionales de anuncio.
Había golpe en la mesa.
Había verdad.
Había garra.
Había dureza aprendida de años viendo a Clemente incendiar micrófonos y a Bilardo convertir partidos en trincheras psicológicas.
Mi estilo se forjó ahí, entre paredes viejas y balones marcados:
crudo pero justo.
Mi táctica más famosa fue un homenaje muy personal al fútbol:
el “**patapum pa'rriba**”.
En el Crujeball funcionaba de maravilla: tirar la bola al techo o a una esquina elevada para romper la estructura rival, obligar a recolocar, generar caos táctico... y yo reorganizando a los míos sobre la marcha.
Puro Txopo.

Txopo hoy: 31 años

Hoy, con **31 años**, miro atrás y veo todo claro.
No ser bueno con las piernas me llevó a descubrir mis manos.
Mis manos me llevaron a los entrenadores duros.
Los entrenadores duros me llevaron a la táctica.
La táctica me llevó al Crujeball.
Y el Crujeball me dio un lugar donde existir.
Soy un entrenador-jugador de barrio, con mala hostia, voz firme y cabeza fría, curtido entre broncas, insultos y tensiones reales, pero también con el sentido de familia que sólo se aprende en los equipos humildes.
Sigo esquivando como si mi vida dependiera de ello.
Sigo gritando como si cada entrenamiento fuera una final.

Y mientras tenga voz para mandar
y garra para levantar a los míos,
Txopo nunca perderá